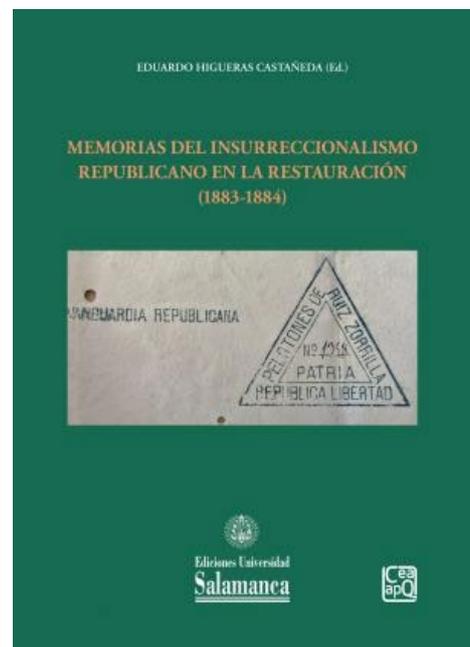


Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA (ed.):
Memorias del insurreccionalismo republicano en la Restauración,
 Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2022, 256 pp.,
 ISBN: 9-788413-116365.

César Rina Simón
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Las diversas caras de la insurrección republicana.

El 5 de agosto de 1883, la guarnición militar de Badajoz protagonizó una sublevación republicana. Seguía el plan proyectado por la Asociación Militar Republicana (AMR) con la coordinación general de Manuel Ruiz Zorrilla, que preveía la extensión de los pronunciamientos por todo el territorio. Pero aquel 5 de agosto solo se sublevaron los militares en Badajoz y los días siguientes apenas les siguieron las guarniciones de Santo Domingo de la Calzada y de Seo de Urgel. Los insurrectos de Badajoz formaron una Junta revolucionaria, se hicieron con el control de las principales autoridades civiles y militares de la ciudad e hicieron un llamamiento al levantamiento nacional. Sin embargo, pronto comprendieron que estaban solos en la revuelta. Cuando sus cabecillas cono-



cieron las noticias de la fidelidad monárquica del resto de cuarteles y de que se dirigía a la ciudad un batallón para aplastar la sublevación, huyeron a Portugal. La historiografía sobre estos períodos y acontecimientos, no especialmente numerosa en comparación con otros períodos de la contemporaneidad, incidió en el carácter anacrónico de la insurrección —un pronunciamiento en una era basada en nuevas formas de entender la política y en la irrupción de las masas— o en su dimensión anecdótica por lo minoritario del seguimiento. En 1886, el general Villacampa lo intentaría de nuevo, en la que sería la última insurrección militar republicana del siglo. Sin embargo, tal y como desarrolla magistralmente Eduardo Higuera Castañeda en esta obra, el acontecimiento refleja aspectos importantes para la historia del republicanismo y de la Restauración borbónica: la pervivencia en el ejército, incluso en el generalato, de partidarios de la República, y la continuidad de las expectativas revolucionarias en el seno del republicanismo para derrocar un régimen que sobrevivió medio siglo más. El pronunciamiento fue

ampliamente explicado, como veremos, por sus propios protagonistas, poniendo el foco en las narrativas del fracaso. Esta obra, por el contrario, se centra en aquellas cuestiones que se traslucen del pronunciamiento.

El libro que reseñamos contiene seis libros en su interior, correspondientes con seis memorias de militares y periodistas republicanos que participaron de alguna manera u otra en las insurrecciones republicanas que estallaron a partir de 1880, significativamente en la de Badajoz de agosto de 1883. Los textos manuscritos fueron localizados, recogidos y transcritos por Eduardo Higuera, historiador que desde hace más de una década está aportando claves fundamentales para la comprensión del republicanismo en el siglo XIX y la influencia de Ruiz Zorrilla en el mismo. De este libro también se desprende una idea que nos atañe como historiadores siempre que analizamos procesos políticos “fracasados” y los abordamos conociendo el resultado de los acontecimientos: en su contexto específico propusieron alternativas viables y, en este caso, con fuerte implementación social. Su derrota, por tanto, no se puede explicar solo desde la noción de “minorías” o de “movilizaciones anacrónicas”, en tanto que su impacto, como podemos comprobar en estas páginas, fue relevante y disputó importantes espacios sociales y culturales —también en el seno del ejército— al proyecto de la Restauración borbónica, que en este caso resistió a la oposición armada. Como destaca el autor, “la sublevación de Badajoz demostró ante la opinión pública que la era de los pronunciamientos no había terminado” (p. 22). El régimen de la Restauración demostró no tener el control sobre algunas guarniciones que se sumaron al movimiento militar insurreccional a posteriori, como las ya citadas de Santo Domingo de la Calzada y de Seo de Urgel. También cabría destacar, en el ámbito epistemológico, la originalidad del trabajo —perfectamente introducido con un profundo estudio preliminar de medio centenar de páginas— y los interrogantes que abren estas seis experiencias sobre la relación entre historia y memoria y las múltiples formas de experimentar, interpretar y recordar un mismo acontecimiento, así como el papel desempeñado por los agentes históricos y los individuos.

Estas seis memorias de la insurrección se conservaban en el archivo de Ruiz Zorrilla, el líder republicano más convencido de la vía revolucionaria y quien presumiblemente la encabezó. Para él, la vía revolucionaria aunaba rebelión militar, dirección política-civil y participación popular, confluencia que no lograron articular los sublevados de Badajoz. Eduardo Higuera conoce las fuentes y el archivo de Ruiz Zorrilla, personaje que abordó en la obra *Con los borbones jamás* (2016), la biografía más completa publicada hasta la fecha sobre un líder republicano del XIX. Las memorias que ha seleccionado en esta ocasión se escribieron desde el exilio y al menos cuatro narraciones tuvieron una función autojustificativa evidente, escritas para limpiar la imagen negativa que proyectaba la prensa monárquica. Retuerquen los acontecimientos para destacar su participación o reparten responsabilidades del fracaso. En el seno del republicanismo,

tanto el interior como el que se organizaba en el exilio, era importante defender la escala de sacrificios y redenciones por la causa. De hecho, como señala Higuera en el estudio preliminar, el género literario autobiográfico está directamente ligado a la insurrección y al exilio a lo largo de todo el siglo XIX. El compilador también pone el foco en el grado no menospreciable de implantación del republicanismo en el ejército, como constatan estos levantamientos o la actividad insurreccional de la ARM.

El cruce de memorias del levantamiento de 1883, sumado a la investigación archivística, ofrece un caleidoscopio con aristas aún por resolver, como por qué los cabecillas de la sublevación, con pleno control de la tropa, optaron por huir a Portugal con importantes sumas de dinero de los depósitos de caudales. Sin duda la cercanía de Badajoz a la frontera facilitó que fuera un punto de arranque para los movimientos insurreccionales, ya que permitía una rápida huida en caso de fracaso. También tuvieron una fácil huida los sublevados de Seo de Urgel, no así los de Santo Domingo de la Calzada, cuyos cabecillas corrieron peor suerte.

El primero de los textos que ha compilado Eduardo Higuera es el del teniente coronel Serafín Asensio Vega, progresista y masón, líder de la insurrección militar. Su memoria es autoexculpatoria, al mismo tiempo que asume la ética militar de responsabilizarse de los errores de los subordinados. Se trata del texto más completo y el que contiene más información concreta, con listados de todos los participantes en la insurrección. La segunda narración de los hechos es la de Ezequiel Sánchez, político del Partido Republicano Progresista por Almería, que actuó como enlace con Madrid de los insurrectos y trató de atribuirse los méritos de la sublevación. La siguiente memoria la firma el oficial Muñoz Epelde, uno de los responsables de la ARM en Extremadura. También trató de presentarse como cabecilla de la sublevación, como otro soldado redactor de memoria, Daniel Rubio Báez, quizá el testimonio más diferenciado en enfoque de los que se presentan. Los dos últimos textos son de periodistas: Ernesto García Ladese -uno de los “secretarios” de Ruiz Zorrilla- y Rafael Ginard de la Rosa. Ambos hacen alusión a contextos más amplios y convergen con otros movimientos insurreccionales y otros debates abiertos en las culturas políticas del republicanismo.

La propaganda monárquica en el interior del país se centró en el hecho de que los sublevados habían huido con cuantiosos fondos económicos. Como ocurrió en otras ocasiones, esto no tenía que ver con el pillaje sino con la previsión de fondos para sobrevivir largas temporadas en el exterior. La cuestión de la honorabilidad, por lo tanto, va a estar presente de alguna forma u otra en estas memorias. Eduardo Higuera también dedica unas páginas del estudio introductorio a analizar las múltiples experiencias del exilio-migración, determinantes en la configuración de las identidades políticas dentro del movimiento insurreccional, así como a la difícil situación de los que aceptaron posteriormente el indulto. La imagen de los sublevados abarcaba desde el heroísmo al pillaje

y a la indulgencia gubernamental. El hecho de haber sido migrante o exiliado fue una fuente específica de prestigio dentro del republicanismo, variando su intensidad según los contextos. A sus regresos, protagonizaron mítines, homenajes y amplios espacios en la prensa y fueron reconocidos como voces autorizadas del republicanismo. El editor también dedica unas páginas a rastrear la actividad política, tanto en el exilio como a su regreso a España, de estos republicanos.

Sobre los aspectos formales de la obra, hay que destacar la cuidada transcripción de los textos, cuestión siempre compleja cuando se abordan textos del siglo XIX. Sin embargo, considero un acierto la pauta escogida de actualizar los criterios al grafismo normativo actual, tratando de respetar el ritmo y el estilismo de cada autor. Además, la transcripción va acompañada de un estudio crítico y numerosas notas al pie de página que detallan las alteraciones en el texto, explican contextos y añaden notas biográficas que manifiestan una investigación exhaustiva y un conocimiento profundo de las derivas del republicanismo de época. La edición crítica es rica e impecable y constata años de investigación sobre la temática y un manejo de fuentes inusual para los cauces que viene tomando la historiografía reciente. En las páginas finales, el autor incluye un anexo —necesario— con biografías de los implicados que facilitan el seguimiento de los acontecimientos.

En definitiva, Eduardo Higuera aprovecha las memorias de la insurrección militar de Badajoz para repensar la vitalidad del republicanismo a finales del XIX y la extensión de sus ideas en determinados sectores donde generalmente se han minusvalorado, como en el ejército de la Restauración. Valorar estas ideas requiere un amplio trabajo de archivo, ya que la prensa, por la propia censura y sus funciones propagandísticas, no puede suplir a las fuentes primarias, y menos en el estudio de procesos insurreccionales. Los retos pendientes en la historiografía del republicanismo del XIX son amplios y pocos los y las investigadores especializados en la materia. Sí es importante superar la dialéctica del fracaso —por la que el republicanismo moriría supuestamente en 1874 y solo se recuperaría a finales de la década de los veinte del Novecientos— para repensar los procesos como ventanas de posibilidades que, en este caso, constatan la vitalidad de la Asociación Republicana Militar, la vigencia en las culturas políticas republicanas de la vía insurreccional y las debilidades de la Restauración. La sublevación de Badajoz provocó transformaciones. Generó una crisis de gobierno y la llegada al gobierno nuevamente de Cánovas del Castillo en 1884.